

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

nº 127 ¿Qué “signos” atestiguan la Resurrección de Cristo?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 127 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Qué “signos” atestiguan la Resurrección de Cristo? (639-644; 656-657)

Además del signo esencial, que es el sepulcro vacío, la Resurrección de Jesús es atestiguada por las mujeres, las primeras que encontraron a Jesús resucitado y lo anunciaron a los Apóstoles. Jesús después “se apareció a Cefas (Pedro) y luego a los Doce, más tarde se apareció a más de quinientos hermanos a la vez” (1 Co 15, 5-6), y aún a otros. Los Apóstoles no pudieron inventar la Resurrección, puesto que les parecía imposible: en efecto, Jesús les echó en cara su incredulidad.

Este punto 127 lo que está subrayado es el hecho de la historicidad de la Resurrección de Jesucristo. Es verdad que la Resurrección de Jesús nadie la vio, en el momento de la Resurrección nadie estaba presente. Pero hay una serie de signos y Jesús resucitado tuvo una serie de apariciones posteriores. Esos signos son importantes. Es verdad, que solamente porque el sepulcro está vacío eso no lo demuestra, porque podían haber robado el cadáver, pero el cúmulo de signos a quienes estaban allí presentes y sobre todo las apariciones de Cristo resucitado, fueron determinantes para decantar su fe.

Un detalle muy interesante, uno lee en el Evangelio de San Juan 20: *“El primer día de la semana María Magdalena fue al sepulcro al amanecer cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo a quién Jesús amaba y les dijo: ‘se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto’. Salieron Pedro y el otro discípulo, camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro, se adelantó y llegó primero al sepulcro, e inclinándose vio los lienzos tendidos, pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él, y entró en el sepulcro, vio los lienzos tendidos y el sudario con el que habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó, pues hasta entonces no había entendido la Escritura, que él había de resucitar de entre los muertos”.*

Así como Pedro necesitó que Jesús se le apareciese para comenzar a creer, Juan el discípulo amado, en aquellos signos del sepulcro vacío, de la piedra corrida, de los lienzos encontrados de una manera determinada, decantaron su fe. Por cierto, es muy curioso que cuando dice que estaban los lienzos tendidos, el lenguaje castellano es difícil que llegue a traducir correctamente lo que dice el texto original griego, porque el verbo que se utiliza que los lienzos estaban tendidos dice, Keimaná, que es un verbo que significa deshinchados.

Los lienzos estaban deshinchados, no habían sido quitadas las vendas sino que se habían deshinchado como si el cuerpo interior se hubiera volatilizado. Esos signos son los que decantan la fe de Juan, pero sin embargo, Pedro, que quizás tenía una forma de ser más ruda, hasta que Cristo no se le mostró, no arrancó de él su acto de fe.

Jesús tuvo la misericordia de mostrarse, de dejarse tocar, de dejarse palpar, de decirles “No seáis incrédulos sino creyentes”; acordaros de la paciencia que tuvo con Tomás, que a pesar de que los demás le decían que habían visto al Resucitado, él dijo: *“si no lo veo, si no tocó con mis manos, no lo creo”*. Jesús tiene la misericordia de ponerse a nuestro nivel, a nuestras entendederas, porque somos de carne y huesos, tenemos una carnalidad que necesita también ver y tocar. Jesús resucitado se dejó tocar, se dejó ver; no fue la credulidad de los apóstoles la que les llevó a creer que Jesús había resucitado, más bien ellos eran incrédulos. Uno ve que los apóstoles tenían una tendencia incrédula. No fue su credulidad la que dio a luz la Resurrección, no, más bien fue la Resurrección la que arrancó su fe, que es distinto, la que les llevó a creer. Acordaros de esa palabra *“No seáis incrédulos, sino creyentes”*.

Hay que destacar que Jesús se apareciese primero a unas mujeres, ellas fueron las primeras testigos de la Resurrección y luego ellas se convirtieron en las que anunciaron a los apóstoles que Jesús había resucitado. María Magdalena es la apóstol de los apóstoles, según dice Santo Tomás de Aquino, Hoy en día, a la hora de sustentar históricamente la historicidad de los Evangelios entendemos que es un signo de historicidad muy grande el que los Evangelios relaten que los primeros testigos de la Resurrección fueron unas mujeres, porque bien sabemos que en el mundo judío, la testificación de una mujer no tenía valor legal, y desde luego, si alguien hubiese inventado la Resurrección de Jesucristo, lo último que se les hubiese ocurrido era poner a unas mujeres como testigos de la Resurrección, porque hubiese sido su desprestigio.

Hoy en día, los estudiosos críticos del Evangelio encuentran en ese detalle, un criterio de veracidad histórica, verdaderamente aquello aconteció, de lo contrario es impensable que los Evangelistas hubieran puesto a unas mujeres como testigos de ese episodio. ¡Benditas mujeres! que fueron testigos del Resucitado y que transmitieron a los apóstoles esa gran noticia, para que luego los apóstoles se constituyesen en testigos de la Resurrección ante el mundo.